

sacerdote el augusto Sacramento, que saca inmediatamente de la boca para ocultarle en un pañuelo. Los días siguientes renueva su horrible comercio y después de haberse acercado por la décima vez á la santa Mesa, corre á llevar al judío el fruto de tantos sacrilegios. Le devuelven sus vestidos, mas apenas ha dado un paso fuera de la casa, cuando herida de un rayo cae al suelo sin vida.

Este castigo del cielo no hizo impresión ninguna en los judíos: reuniéronse la noche siguiente en la casa del poseedor de las santas Hostias para saciar su odio contra Jesucristo presente en la divina Eucaristía. Mas como traspasaban las hostias con leznas, comenzaron á salir gotas de sangre de las picaduras; quisieron entonces hacerlas pedazos desgarrándolas con las espinas de un rosal silvestre (1): mas las santas especies permanecieron intactas bajo los golpes, y al mismo tiempo aparecía un gracioso niño que con una sonrisa mezclada de indecible tristeza reprochaba á los verdugos su odiosa crueldad.

Los judíos arrojan entonces las santas Hostias en un horno para consumirlas por el fuego; mas siempre quedaban enteras en medio de las llamas, y por segunda vez los miserables ven aparecer un niño de maravillosa hermosura. Lejos de enternecerles, esta vista redobra su rabia: colocan las Hostias sobre un yunque y se esfuerzan en desbaratarlas á golpes de martillo; trabajo perdido, pues no experimentan las sagradas Hostias

[1] Se muestra todavía en Deggendorf una de las leznas y el arbutto espinoso de que se sirvieron los judíos para maltratar las santas Hostias.

la menor lesión, y de repente en medio de rayos luminosos se muestra de nuevo el hermoso niño que con sus gracias y dulzura parece implorar piedad. Un espanto indescriptible se apodera entonces de los judíos; y por hacer desaparecer toda huella del divino Sacramento procuran comerse las Hostias; mas tan luego como las acercan á su boca sacrílega, se cambian en un pequeño niño que se debate entre sus manos. Finalmente, llenan un saco de substancias envenenadas y encierran allí las santas Especies arrojándolas en un pozo que se encontraba allí cerca.

Esperaban haber destruido todo vestigio de su crimen; mas fué en vano. Algunos días después el agua del pozo estaba envenenada y causaba la muerte de todos los que bebían de ella; y recayeron las sospechas en los judíos que se les consideraba capaces de todos los atentados. En el silencio de la noche salían del pozo maldito gemidos lastimeros; y finalmente, un judío que conocía toda la historia sin haber sido cómplice en ello, reveló los detalles de los bárbaros tratamientos infligidos á la santa Eucaristía. Reuniéronse los habitantes de la ciudad, apresuradamente se apoderaron de los judíos, asesinaron á unos y arrojaron á los otros de la ciudad.

En cuanto á las Hostias, se encontraron intactas en el fondo del pozo. Se construyó una iglesia en su honor; se colocaron sobre un pequeño cojín de seda, en un cilindro de cristal cuidadosamente sellado y fueron expuestas á los homenajes de los fieles que acudian de todas partes á adorarlas.

Después de haberlas sustraído tan milagrosa-

mente al furor de los judios, quiso Dios preservar también las santas Hostias de los ataques del tiempo. Muchas veces durante las guerras que desolaron la Baviera fue preciso esconderlas para preservarlas de los ultrajes del enemigo. —En 1381 los bandidos rompieron un día el tabernáculo y se apoderaron de la custodia que encerraba el Sacramento milagroso; mas los superiores tuvieron el gusto, comprobando el sacrilegio, de encontrar intacto en un rincón del tabernáculo el cilindro de cristal con las preciosas Hostias. Todavía al presente, Doggendorf es lugar de peregrinación muy famoso: vense allí multitudes de 30 á 40,000 personas, sobre todo en la época que se llama *el tiempo de gracia*, es decir, desde el día de San Miguel hasta el 4 de octubre. Las diez Hostias amarillentas por la acción del tiempo, pero intactas, han sido examinadas recientemente por Mons. el obispo de Ratisbona, que ha confirmado la autorización de exponerlas á la veneración pública. (1)



(1) Georg. Ott. *Eucharistie-Buch*. Winderbare Begebenheiten. p. 241. Ratisbona, 1881.

1668.

Los Ulmes en la Diócesis de Angers.

Aparición de Nuestro Señor en la Custodia.

La parroquia de los Ulmes San Florencio, á pocas leguas de Saumur, fué ilustrada en el siglo XVII por un gran prodigio eucarístico. El sábado 2 de junio de 1668, en la octava de la fiesta del Santísimo Sacramento, al darse la bendición como á las siete de la noche, en presencia de mas de cien personas y durante un cuarto de hora, apareció Jesucristo en la Hostia en forma humana. «Formóse como una pequeña nube al principio de la aparición, lo mismo que al fin sobre el cristal del sol, (la custodia;) vióse la figura del Salvador de medio cuerpo ó en bulto, como realzado y saliendo del cristal, cubriendo casi toda la Hostia que no se veía sino muy poco á los dos lados de la cabeza, teniéndolo las manos cruzadas una sobre otra, la derecha sobre la izquierda, como si estuviesen atadas. Este cuerpo estaba vestido de una túnica blanca en forma de alba: el Salvador tenia el cabello de color castaño, cayéndole sobre las espaldas y dividido sobre la

frente. Apareció como un joven de la edad de veinticinco años, con los ojos resplandecientes mirando al pueblo, la cabeza un poco inclinada sobre el hombro derecho, y la barba separada en dos partes.

Obróse el milagro cuando se cantaban estas palabras: *Verbum caro panem verum*, que está al fin del himno *Pange lingua*.

El primero que se apercibió de ello fué el cura, y dudando si sus ojos le engañarían, preguntó al vicario si no veía nada en la Hostia. El vicario le respondió que veía la forma de un joven, y al mismo tiempo se levantó y tuvo el valor de tomar el sol de la custodia, bajarlo y ponerlo sobre el altar en donde fué vista la misma figura por todos los asistentes.

Volviéndose el cura al pueblo dijo en alta voz: *Si hay entre vosotros algún incrédulo que dude de la presencia real del cuerpo de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, (tal vez seré yo?), que se acerque y vea á Nuestro Señor que se manifiesta aquí visiblemente.*

A estas palabras muchas personas se acercaron y vieron claramente la figura del Salvador. . . .

Un prodigio tan extraordinario conmovió á todos los que estaban presentes; el cura y el vicario lloraban á lagrima viva, y el pueblo también derramava abundantes lágrimas. (1)

(1) Grandet, cura de Santa Cruz y superior del Seminario de Angers. *Disertación apologética* acerca de la Aparición milagrosa de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento, acontecida en la parroquia de los Ulmes de San Florencio cerca de Saumur, el 2 de junio del año de 1668, Chateaugontier. 1715. —Vease también un artículo de M. Godard-Faultrier en el *Reperorio arqueológico del Anjou*, 1861, publicado aparte en un cuaderino de 14 páginas.

Muy pronto se divulgó por todas partes la noticia de esta aparición: Enrique Arnoldo que ocupaba entonces la sede de Angers, «supo el acontecimiento por la voz pública y por una carta del cura de los Ulmes.»

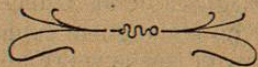
Este obispo no era hombre de dejarse sorprender facilmente; así es que nó se decidió á visitar el lugar de las apariciones hasta estar bien informado y después de quince dias de reflexión. El Sr. Le Royer, doctor en teología, su capellán, y mas tarde cura de la parroquia de Feneu, le acompañó en esta visita, el 17 de junio de 1668. Cinco dias después, el obispo publicó una Carta pastoral, cuyo contenido se encuentra en la *Disertación apologética* de Grandet.

Entre otras cosas, dice en esta carta fechada en Angers el 25 de junio de 1668, que «Su Grandeza ha visitado la santa Hostia, y ha reconocido que la aparición no había podido ser causada por ningún artificio, ni por alguna reflexión de la luz, ni por las vias ordinarias de la naturaleza.»

La carta pastoral se dirige también á los protestantes de Saumur: «Nos les conjuramos á considerar que este milagro tan glorioso habiendo acontecido en el tiempo que se reunía su sínodo en Saumur, y en un lugar distante solo dos leguas de allí, parece que Dios los llama en alta voz á la creencia común é indudable de la Iglesia tocante á la realidad del Santísimo Sacramento.» En seguida ordenó el prelado que la Hostia se guardase en la iglesia de los Ulmes «en una alacena» Un nicho rectangular como de treinta y tres centímetros de ancho sobre un poco mas de altura, que se ve todavía en la pared septentrio-

nal del coro, se practicó con este objeto. Finalmente, la carta pastoral prescribe que «todos los años, el sábado en la octava del Santísimo Sacramento, aniversario de esta aparición sea solemnemente celebrado en dicha iglesia.»

La Hostia desapareció á consecuencia de la tormenta revolucionaria: mas la iglesia de los Ulmes conserva todavía el recuerdo del milagro de 1668. En la pared del coro, á 1 metro 66 centímetros de elevación, se ve el nicho de que hemos hablado antes; dos puertas pequeñas una exterior y otra interior cierran este nicho; la interiores de barras de hierro delgadas, la del exterior es de madera. Sobre la puertecita de madera está pintada una custodia radiante en cuyo centro aparece la imagen del Redentor; debajo del nicho está todavía la inscripción sobre mármol negro relatando un extracto de la orden de Enrique Arnoldo: «A fin de honrar la memoria de tan gran milagro y conservarle á la posteridad, mandamos que la misma Hostia en donde fue la aparición sea precisamente conservada en la iglesia de los Ulmes en una alacena bien asegurada y debidamente adornada, que se hará á este efecto cerca del altar mayor del lado del Evangelio. Mandato de Mons. Enrique Arnoldo dado el 25 de junio de 1668.



1714. MARSELLA.

APARICION

en la iglesia de los franciscanos.

En una carta del 22 de diciembre de 1714, Monseñor de Belsunce obispo de Marsella hace la relación siguiente.

«El viernes 21 del mes de septiembre de este año, expuesto el Santísimo Sacramento en la iglesia de los Religiosos Observantes de esta ciudad; como á las tres y media de la tarde, con el tiempo muy nublado y lluvioso, poco antes que se diera la bendición, y estando el pueblo reunido en la iglesia, apareció en el sol de la custodia en el nicho sobre el tabernáculo, una figura como realzada y saliente fuera del cristal, representando al Salvador del mundo de busto, cubriendo toda la Hostia que solo se veía de los dos lados de la cabeza del Salvador cuyo rostro estaba resplandeciente, los ojos animados y mirando fijamente á los que le miraban. Las personas que han dado declaración no han podido decir precisamente el color del rostro, ni de los cabellos, ni de la barba ni del vestido: solamente aseguran que todos distinguieron facilmente estas cosas, y las facciones del rostro, y tanto de

lejos como de cerca vieron lo mismo y con la misma facilidad. El rostro del Salvador les pareció un poco largo, de tal belleza y dulzura que no pudieron explicar; los cabellos divididos hacia la mitad de la frente, un poco lisos y flotantes sobre las espaldas, la barba corta y dividida en dos partes.

«El hermano sacristán y algunas personas, los primeros que habian visto, llamaron á un religioso que pasaba sin fijarse en la aparición. Este religioso, sorprendido y creyendo al pronto que había allí alguna picardía (estas son sus palabras,) quiso examinar las cosas de cerca: cambió muchas veces de lugar, se alejaba, se acercaba al altar; y en estas situaciones diferentes en que se colocaba, vió igualmente, tanto de lejos como de cerca y en medio del altar, la misma figura que á el le miraba. No contentándose con aproximarse mas, subió y se arrodilló sobre el altar teniendo el rostro frente á la custodia en cuyo cristal vió siempre la imagen de Nuestro Señor; luego tomó un cirio encendido que estaba á un lado y volviéndolo al derredor del cristal del relicario vió la misma cosa. Este religioso sacerdote era pintor; pensó desde luego en su arte y quiso tomar la idea de lo que veía para dibujarlo; mas cuando quiso examinar los ojos no pudo sostener sus miradas y permaneció como inmóvil: fué preciso quitarle el cirio de la mano y ayudarle á descender del altar, estando el pueblo reunido al derredor lleno de la santa admiración que es natural en semejantes ocasiones.

«Advertido el Guardián de lo que pasaba, no quiso, á ejemplo de San Luis, mirar el prodigio

que se le anunciaba, ni advertir á sus religiosos que estaban rezando en el coro; mucho menos pensó mandar avisar á alguno de mis grandes vicarios, porque yo estaba en Aubagne, donde está mi casa de campo; sino que mandó que sin tardar más, se diera la bendición con el Santísimo Sacramento. El padre que la dió, advertido por el religioso sacerdote, vió la misma cosa al bajar la custodia del tabernáculo, y la vió siempre hasta que la colocó sobre el altar, en cuyo tiempo, tanto él como los demás no vieron ya sino la santa Hostia como de ordinario.»

«Mas de sesenta personas entre los cuales hay cinco ó seis Franciscanos, y las demás, gentes de toda edad, de todas profesiones y dignas de fe, dicen haber visto la misma cosa con las mismas circunstancias, sin que haya habido variación de parte de aquellas á quienes he interrogado en las formas ordinarias y con toda la atención de que soy capaz. Olvidaba decir que un niño dijo en voz alta á su madre que viera esa figura tan bella. Mas antes de proceder á la audición jurídica de los testigos, comencé por transportarme á la iglesia de los Franciscanos acompañado de mis grandes vicarios, promotor y secretario: visité la Hostia que se pretende ser milagrosa; la encontré como todas; ya la habian examinado después de la bendición en donde se obró el prodigio, y no la guardaron en el copón sino después de haberla visto bien por todos lados; y el relicario vacío permaneció como siempre sobre el altar, así es que vimos no había dentro ninguna cosa capaz de producir tal efecto. Hize me traieran el relicario; el cristal era grueso, un poco

oscuro y todo tallado en facetas como un diamante, de suerte es que cualquiera imagen puesta al frente, debía representar tantos rostros como facetas tiene. No pareció que hubiera podido emplearse ninguna reflexión de luz. Coloqué una hostia sin consagrar en la custodia mandé ponerla en el tabernáculo, encender los cirios como el día de San Mateo; hize abrir y cerrar las cortinas de la iglesia; examiné si estaba algún cuadro colocado de manera que pudiera representar sobre el cristal del relicario el rostro que habian visto; todo esto me pareció imposible, no habiendo en toda la iglesia ningún cuadro del Salvador, excepto un *Ecce homo* coronado de espinas, bastante mal hecho, pero respetable por ser obra del rey René, conde de Anjou y de Provenza. En fin, Señor, todos convenimos después de un examen esacto y hecho sin precipitación, que no podía haber allí nada de natural en lo que decian haberse visto y era menester proceder á la audición de de los testigos de lo cual acabo de daros cuenta. Esta aparición duró mas de media hora. (1)

(1) Carta de Monseñor de Belsunce á M. Grandet, cura de Santa Cruz de Angers.—Vease el volumen de Grandet, *Disertación apologética*, p. 196.

1290. Paris iglesia de los Billetes.

LA HOSTIA CRUCIFICADA POR UN JUDIO.

Las crónicas de San Dionisio (1) refieren que en 1290, bajo el reinado del impío Felipe el Hermoso, una mujer pobre había llevado algunos vestidos en prendas á la casa de un judío llamado Jonatás, por una cantidad de treinta sueldos parisienses. El 2 de abril, algunos dias antes de la Pascua, suplicó al judío le volviera sus vestidos para esta fiesta á fin de poder presentarse con mas decencia á cumplir el precepto pascual.

«Con mucho gusto, dijo Jonatás, que creyó encontrar la ocasión de saciar su odio contra el Cristo Salvador; y aun os los dejaré para siempre y sin intereses, si quereis traerme ese pan que recibis en la iglesia y que vosotros los cristianos pretendéis que es vuestro Dios; yo quisiera ver si lo es en efecto.» Esta horrible blasfemia la hizo retroceder con horror; mas después, sea por ignorancia ó por codicia, la miserable consintió, y yendo á comulgar muy temprano en San Merry que era su parroquia, sacó de su boca

[1] *Colección de los Historiadores de Francia*, tom. XVII.—P. Theodorico de San René, *Notas históricas, dadas en ocasión de la santa Hostia milagrosa*, 2. vol. in 12, Paris, 1727.

la santa Hostia y la llevó furtivamente al israelita.

Era este un tiempo inesperado para Jonatás que quería renovar en esta inocente y blanca Hostia las atrocidades cometidas por sus antepasados en la dolorosa Pasión del Salvador. Inmediatamente la coloca sobre una mesa y comienza á traspasarla con una navaja: admirado y furioso al ver que salía sangre, la coje y la atraviesa con un clavo á golpes de martillo; mas la sangre comienza á brotar al derredor del clavo. Entonces se apodera del judío una especie de rabia, arranca el clavo, arrebató la santa Hostia y la arroja al fuego: creía así deshacerse de ella y poner término á los reproches que su mujer espantada no dejaba de hacerle: mas cuál fué su terror cuando la Hostia milagrosa se elevó intacta de entre las llamas revoloteando acá y allá por el aposento! Más y más furioso coje de nuevo la santa Hostia, la clava en un poste y comienza á golpearla con varas; apesar de estas violencias ella permanece sin lesión ninguna. En seguida trata de cortarla en pedazos con un cuchillo de cocina: vanos esfuerzos, permanece entera. Exasperado al ver su impotencia contra una Hostia tan frágil; jura por lo menos, no perdonarle ningún ultraje; la lleva á un lugar infecto, y, digno hijo de sus padres, la fija en una viga con tres clavos, luego la traspasa con una lanza, que hace aun brotar torrentes de sangre.

No contento todavía, é impulsado por un furor satánico, el malvado desclava el Pan de los Angeles y lo arroja blasfemando en una caldera de

agua hirviendo que su mujer había puesto en el fuego. Mas ¡oh prodigio! el agua queda ensangrentada y la santa Hostia se eleva, dejando ver al judío, á su mujer y á sus hijos, la figura del Salvador crucificado, tal como estaba cuando murió en la cruz. La Hostia era pues verdaderamente Dios! Forzado el judío á reconocerlo á este espectáculo, siente caer su furor y huye temblando á esconderse en el fondo de su cueva. Mas en vano: la medida estaba colmada y Dios quería castigar tan grande crimen. La sencillez del hijo de Jonatás fue quién traicionó al miserable.

En efecto, á esa misma hora llamaban á la misa mayor en la iglesia inmediata y los fieles que acudian á ella en multitud llenaban la calle. El niño, bajo la impresión de lo que acababa de ver, dijo á algunos de sus camaradas: «No os apresureis tanto; ya no teneis que hacer en la iglesia; vuestro Dios ya no está allí; mi padre lo ha atormentado de tal manera que lo ha hecho morir.» Estas palabras excitaron la curiosidad de una mujer de la vecindad, y con el pretexto de pedir lumbre entró en la casa del judío. Vió desde luego el crucifijo ensangrentado encima de la caldera; se postró llena de espanto y adoró á su Señor haciendo señal de la cruz: mas bien pronto desapareció la forma del crucifijo y la mujer no vió mas que la Hostia sagrada que vino por sí misma á colocarse en un vaso pequeño que llebaba en la mano. Corrió á llevar su precioso y tremendo tesoro á la iglesia de San Juan en Gréve: mas en el dintel de la iglesia una fuerza divina la detuvo de repente y la im-

pidió avanzar: Dios quería manifestar á toda luz el crimen que acababa de cometerse. Los sacerdotes se reunieron á los gritos que daba la pobre mujer súbitamente paralizada; mas luego que refirió el trágico acontecimiento y entregó la Hostia al cura se sintió libre de esos lazos invisibles.

Esta noticia se propagó rápidamente: el pueblo invadió la casa del judío, se apoderaron de él y le llevaron prisionero con su familia. Comparecieron en el tribunal del obispo y confesaron el crimen con todas sus circunstancias. Jonatás fue condenado por la justicia del rey á ser quemado vivo en la plaza de Gréve: el detestable sacrílego no tuvo una palabra de arrepentimiento y marchó al suplicio con el odio en el corazón y blasfemando contra el Salvador que no había podido vencer su endurecimiento infernal. Mas su mujer y sus hijos se convirtieron y recibieron el bautismo.

La casa del judío deicida fué arrazada y en su lugar se erigió una capilla y un convento que fueron mas tarde, en 1631, propiedad de los Carmelitas reformados de la Observancia, de Rennes. El convento del Santísimo Sacramento de los Billetes permaneció así hasta la Revolución francesa como una reparación permanente del sacrilegio: conservábanse allí piadosamente los objetos que habían servido á esta nueva pasión de Nuestro Señor Jesucristo; el cuchillo teñido todavía de sangre, que había traspasado la santa Hostia, la caldera en donde fue arrojada en el agua hirviendo, y el pequeño vaso donde se colocó por sí misma después de la fuga del judío su

verdugo. La Hostia milagrosa encerrada en un relicario de oro, se guardaba con grande honores en la iglesia de San. Juan en Gréve. Mas todos estos monumentos de la presencia real desaparecieron en el tiempo de la Revolución: los Carmelitos fueron arrojados de su santo asilo; y después cesaron las preces de expiación y los cantos de alabanza en ese santuario consagrado por tantos siglos á reparar los ultrajes hechos al augusto Sacramento. No solo eso; como injuria permanente á la verdad de la presencia real que el prodigio de 1290 había testificado tan gloriosamente, cayó el lugar consagrado por tantos milagros en manos de los protestantes; y los corazones católicos tienen el dolor de ver un templo luterano en el lugar levantado por la piedad de nuestros padres al Dios de la Eucaristía (1).



[1] Cf. *El milagro de la santa Hostia de 1290 en Paris*. Noticia acerca de la hostia milagrosa de la calle de los Billetes, con el texto de los documentos originales que testifican el milagro, por el abate E. Laeroix.—Paris, Imprenta Domoulin, 1890.

1247. Santaren, en Portugal.

JESUCRISTO

APARECE BAJO DIVERSAS FORMAS

EN LA

SANTA EUCARISTIA.

Reinando en Portugal Alfonso III, sucedió que una mujer notable de Santaren, en la diócesis de Lisboa, llegó á sospechar, por motivos muy insignificantes de la fidelidad de su marido. Desde entonces reinó en la casa la discordia. Cansada al fin de estos disentiimientos domésticos, fue la mujer á consultar á una vieja judía que se ocupaba de mágia, la cual prometió devolver la paz á los dos esposos, gracias á un filtro poderoso cuyo secreto poseía: mas para esto exigió una Hostia consagrada que necesitaba, decia, para asegurar el éxito de sus encantamientos.

La cristiana retrocedió con horror á esta proposición, sin embargo, los celos que la devoraban vencieron muy pronto y el sacrilegio quedó resuelto. El día siguiente dirigióse á la iglesia de San Esteban, recibe con aparente fervor la santa Hostia; é inmediatamente la saca de su boca para ocultarla en un lienzo y llevarla á su casa. Mas ¡oh prodigio! he aquí que por la calle van cayendo gotas de sangre de los vestidos

de la miserable y señalando el camino que seguia, llaman la atención de los pasantes: muchos la rodean creyendo que esta herida; mas ella, atormentada por punzantes remordimientos, se aleja apresuradamente y entra á su casa en donde oculta con cuidado en una cajita la santa Eucaristía con el lienzo ensangrentado.

La noche siguiente, un haz de rayos luminosos sale de repente de la cajita y el aposento quedó iluminado de claridades misteriosas. El marido, despertado por esta luz deslumbrante interrogó á su mujer, que por la inquietud y el terror no pudo al pronto hablar, y al fin tuvo de ella la confesión completa de sus detestables maniobras. Desde el amanecer, corrió á avisar al cura, y una numerosa multitud se dirigió procesionalmente al lugar del prodigio para llevar con honor á la iglesia de San Esteban el Sacramento profanado.

El lienzo manchado con la sangre eucarística se les dió á los Dominicos de Santaren que lo conservaron en un relicario de cristal. En cuanto á la Hostia milagrosa fué colocada en una cubierta de cera y se expuso desde entonces solemnemente á los homenajes de los fieles. Mucho tiempo después, rompieron esta cubierta de cera, y con gran sorpresa se encontró la Hostia en una cápsula del cristal mas puro, de grueso de tres dedos y que solo la mano de los ángeles pudo fabricar; pues no presenta la menor señal de soldadura y es imposible comprender cómo ha podido introducirse allí el Sacramento del milagro.

Mas no se terminan aquí los prodigios obrados por la Hostia de Santaren. Esta partecita de la santa Eucaristía ha atravesado los siglos sin sufrir

los ataques del tiempo; después ha sido la salvaguardia de las poblaciones cercanas: en cualquier azote que amenazaba la comarca, si las mieses están en peligro, se lleva la Hostia del milagro al travez de los campos, y jamás ha sido engañada la piadosa confianza del pueblo. Pero lo que es aun mas digno de admiración en esta milagrosa Hostia, és, que Nuestro Señor se ha mostrado allí frecuentemente bajo las diversas formas de su santa humanidad; ya en la figura de un niño en los brazos de su madre, ya como un hermoso adolescente ó como un hombre en la fuerza de la edad; algunas veces con aire amenazador y terrible, apartándose con indignación de los espectadores, y otras veces, con el semblante lleno de bondad y misericordia; un día con el aparato de un juez terrible, y el día siguiente con la majestad de su reinado divino; en fin, muchas veces en el estado lamentable á que le redujeron los judíos por la flagelación y la coronación de espinas. Además sucedió algunas veces que al mismo tiempo diversas personas veían diferentes apariciones (1).

Estos acontecimientos extraordinarios hacen resaltar maravillosamente uno de los fines de la institución de la Eucaristia: Nuestro Señor Jesucristo ha querido reavivar incesantemente en nosotros el recuerdo de todo lo que ha hecho para salvarnos, «Haced esto en memoria de mí,» decía á sus Apóstoles en la última Cena, es decir, en memoria del amor infinito que me ha hecho

[1] Silv. Petra Saneta, S. J. *Thaumasia veræ religionis*, toni. III, p. 74. Roma. 1645.

descender á la tierra para traeros la salvación y la vida eterna, en memoria de todos mis misterios, de todos mis milagros, de todas mis palabras, de todos mis sufrimientos y de todos mis beneficios. Así, dice el R. P. Eymard (1), «la Eucaristía es de todas las fiestas, de todos los días del año; pues no se puede hacer conmemoración de algún misterio del cual no sea el memorial viviente: en la Eucaristía festejamos el amor permanente de Nuestro Señor, su amor actual y viviente hasta el fin del mundo: toda la religión, con sus misterios, sus fiestas, sus virtudes y sus gracias, así como sus deberes, está vivificada por el amor de la Eucaristía; pues de allí saca la vida y la gracia.»



[1] R. P. Eymard, *La divina Eucaristía* IV serie, p. 270.